

LA ESTRELLA DE QUINCE PUNTAS

NOELIA
LORENZO
PINO



erein

LA ESTRELLA DE QUINCE PUNTAS

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1ª edición: febrero 2020

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Ilustración de portada:

Joxan Glez. Arruti

Maquetación:

Erein

© Noelia Lorenzo Pino

© EREIN. Donostia 2020

ISBN: 978-84-9109-581-1

D.L.: D 123-2020

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: edizioak@itxaropena.net

www.itxaropena.net

LA ESTRELLA DE QUINCE PUNTAS

NOELIA
LORENZO
PINO

*Tu dolor te ha hecho ser así, Helge,
pero ya no tiene control sobre ti.*

DARK

Para mis aitas y mi hermana ♥ Mis Careaga.

22 de abril, miércoles

Era rubia. Una rubia joven y demasiado impresionable. Quería parecer elegante y madura, pero apestaba a cría vulgar. Él se preguntó qué demonios quería aparentar con veinticuatro añitos. Se fijó en la raya mal planchada del pantalón negro y en las arrugas de la camisa blanca. Pensó que, si quería parecer una puta de lujo, no se acercaba lo más mínimo. Aquella vestimenta mal elegida y peor cuidada le hacía parecer la camarera de un antro trasnochado. La miró a los ojos. Nunca antes había visto un iris tan claro. Se inquietó al imaginar que eran los de un husky siberiano. Bajó la mirada hasta los labios y percibió un agujero minúsculo en la parte inferior de la boca. Supo de inmediato que era la marca de un antiguo *piercing*. Cerró los párpados y suspiró. La chica era un absoluto despropósito.

“Qué mal empezamos”, se dijo.

Además, estaba eso que tanto le desquiciaba, esa manía de chillar al hablar. ¡Blablablalalabla! Pitidos agudos perforándole los tímpanos. Observó su gesto infantil y sintió que era tan simple que cualquier tonto podría engañarla.

“¡Cállate! Cállate, te lo ruego”.

—Ya sé que te lo he dicho hace un rato, pero es que ¡me encanta tu casa!

Levantó las cejas y contuvo el impulso de darle un empujón. Un empujoncito suave, pero certero. De esos que te hacen

perder el equilibrio y caer. Después, un golpe desafortunado en la cabeza y fin de la historia.

—Gracias otra vez —contestó él con la mejor de sus sonrisas.

De niño su madre le había llevado al mejor ortodoncista de California y aquella media luna deslumbrante se la debía a ella.

—Quiero enseñarte una cosa. Sígueme —dijo en un intento desesperado por cambiar el rumbo que el encuentro había tomado.

A la chica solo le faltó dar un salto de alegría. Aquel chalet parecía un auténtico parque de atracciones del lujo. Fue tras él y aprovechó para mirarle de arriba abajo. Llevaba una camisa de lino remangada y un vaquero claro. Tenía los hombros anchos y el culo musculoso. El tío se cuidaba. Supuso que metía horas en el gimnasio que había en uno de los espacios. Se mordió el labio al observarle caminar. Lo hacía con tal seguridad que le pareció irresistible. No era capaz de calcular su edad. Su cabello era oscuro y abundante, y apenas tenía arrugas. Quizás treinta y pico, quizás cuarenta y pico... Sintió que, por primera vez, deseaba follar con un cliente. Se imaginó una cama grande y redonda. Un espejo en el techo...

—Es aquí —dijo él parando frente a una puerta abierta.

Ella le sonrió con picardía.

—Entra, por favor. —Su tono era severo.

La puta le rozó al pasar y sintió que él se retiraba con brusquedad. Los brillos azulados que se reflejaban en las paredes de la habitación le hicieron olvidar la mala sensación que le había dejado.

—¡Dios mío! —exclamó.

Para él, gritó. GRITÓ demasiado.

“No sé si voy a poder soportarlo”, pensó. Su paciencia se estaba agotando.

Ella caminó insegura hasta ponerse enfrente. Miró fijamente a través del panel transparente del tanque y la vio.

—¡Dios mío! —chilló de nuevo. Se llevó las manos a la cara. Allí dentro había algo grande y hermoso. Parecía un gran sol. Un astro redondo de largos rayos brillantes. Se sobresaltó al ver cómo reptaba hacia un lado.

—¡Qué pasada! ¿Qué es?

—Es una estrella de mar. Concretamente una estrella girasol o *Pycnopodia helianthoides*.

—¡Es gigante!

—Mide casi un metro.

—¿Por qué la tienes aquí?

—Fue un capricho. Construí este acuario para ella y la traje de California.

—¿Y qué come?

El hombre pensó que por primera vez hacía una pregunta interesante.

“Igual no todo está perdido”, se dijo.

—Básicamente cangrejos.

—Uno, dos, tres...

—Quince —la interrumpió—. Es una estrella de quince puntas.

—¡Me encanta! —dijo emocionada a la par que abría los ojos de husky.

Él se estremeció. Odiaba a los perros. No entendía el porqué, pero siempre ladraban a su paso.

—Otro día dejaré que la alimentes. Se me ha hecho un poco tarde —comentó consultando el reloj.

—Vaya..., pensaba que tú y yo..., pensaba —balbuceó decepcionada.

—Te acompaño a la puerta.

La puta no pudo reprimir una mueca de niña enfadada y salió de allí con los labios apretados.

—Toma —sacó la cartera y extrajo un fajo de billetes de cincuenta—, tus mil euros.

Ella los miró de reojo.

—Gracias. Que sepas que por este dinero sé hacer muchas más cosas —murmuró guardándose los. Suspiró.

El hombre le abrió la puerta y, en un último intento, alargó la mano para tocarle la cabeza. Sintió el cabello fino, el calor... Un escalofrío desagradable le recorrió toda la espina dorsal.

La chica recuperó la sonrisa y le guiñó su ojo perruno.

Él la dejó marchar con una mezcla de miedo y repugnancia.

23 de abril, jueves

Desayunó en silencio un café con leche y dos rebanadas de pan untadas con mermelada de naranja amarga. Normalmente, ponía Radio 3 nada más levantarse, pero estaba tan apático que su ánimo ni siquiera respetó la inercia. Miró el calendario que tenía pegado en el frigorífico.

—Jueves 23 de abril –susurró.

Desde que arrancó la página de marzo para descubrir la de abril, aquella maldita fecha le había atormentado cada mañana, cada mediodía y cada noche. Nada más sentarse a la mesa a comer algo, sus ojos se dirigían allí, a aquel día... No había nada más atrayente en toda la cocina.

—El tiempo pasa rápido –reflexionó suspirando.

Aquel día le recordaba que había pasado un año desde el asesinato de Juncal Baraibar. Echó la vista atrás y recapacitó. Habían sido unos meses extraños. Tristes. La seguía echando mucho de menos y, a menudo, tenía que recordarse que no era un mal sueño, que realmente ya no estaba. El suboficial Jon Ander Macua había experimentado, en su opinión, demasiados cambios en su vida. Extirpación del bazo, vacunas varias, dos neumonías en invierno... Por lo visto, una de las funciones de su bazo –y la del resto del de los mortales– era fabricar anticuerpos y servir de defensa. Pero, por culpa de unos indeseables que casi lo matan de una paliza, él ya no lo tenía y ahora había pasado a

formar parte del grupo de las personas inmunodeprimidas. Y ahí no acababan los cambios... Su casa se había llenado de libros porque se estaba preparando para oficial y, para rematar, había cogido algunos kilos de más. Diez, para ser exactos. Nunca había sido un tío delgado, pero jamás se había sentido tan hinchado y pesado como ahora. Suspiró y metió la taza en el lavavajillas. Se lavó los dientes y se despeinó el cabello para taparse las entradas. Salió de casa dando un sonoro portazo y bajó al trote por las escaleras. Tenía que empezar a moverse más si quería deshacerse del sobrepeso. Sacó el coche del garaje y condujo hasta el barrio de Ventas. Se había cogido el día libre para compartirlo con Aitortxo. “Su compañía te hará bien en un día tan duro”, le había aconsejado con dulzura su exmujer una semana atrás. “Y él estará encantado de que su *aita* le lleve al cole y coma con él”. Silvia no tuvo que insistir. Aquellas palabras fueron suficientes para convencerle y temer menos la llegada de ese día. El portal estaba abierto y subió a pie hasta el quinto piso. Llamó a la puerta con los nudillos. Desde lo de Baraibar, entre Silvia y él las cosas eran más fáciles. Antiguamente esperaba en el portal a que ella bajara a su hijo, ahora la situación se había normalizado bastante. Él lo prefería así. Era mejor para todos. Fue Aitortxo quien abrió la puerta. La amplia sonrisa desarmó por completo a Jon Ander, y la apatía se esfumó momentáneamente.

—¡Hey, campeón! —Se agachó y le aupó fundiéndose en un abrazo.

Silvia apareció con la mochila en la mano.

—¿Qué tal, Jon? —preguntó con cariño.

—Ahora mejor —susurró con una sonrisa.

—Me alegra. —Acarició la cabeza de su hijo y miró a su exmarido—. Nos vemos por la noche.

Jon Ander estiró el brazo para tomar la mochila y, justo en aquel momento, escuchó un estornudo proveniente del final del pasillo. Notó cómo Silvia se ruborizaba.

Se observaron durante unos segundos, como paralizados, en silencio.

—No te preocupes por la cena —se apresuró Jon a decir—. Traeré a Aitortxo duchado y cenado.

—Ah, vale, bien..., bien. Como quieras.

Jon Ander quiso decirle que no se apurara, que no pasaba nada. Que Aitortxo ya le había puesto al día y sabía desde hacía semanas que tenía un amigo. Que se alegraba por ella. Pero no dijo nada.

—Vendré hacia las nueve, ¿de acuerdo? —Intentó que su voz sonara natural.

—Sí, perfecto.

“Aprovecha el día”, pensó mientras se daba la vuelta. “Te lo mereces”.

Silvia salió al rellano y le dio un beso fugaz a su hijo. No entró en casa hasta que se montaron en el ascensor.

* * *

Desde la ventana del despacho solo se apreciaba una espesa cortina de agua. Había llovido intensamente toda la semana y el jueves no se había presentado mejor. Eider notó que tenía mojadas las puntas de los calcetines. Y eso que aquellas botas eran las únicas de todo su zapatero —o eso creía ella— que aguantaban el agua sin que se colara ni gota. Pensó que tendría que sustituirlas con urgencia ya que la predicción meteorológica para los próximos días no auguraba ningún cambio. Detestaba tener los pies húmedos. Recordó sus katiuskas rojas. Esas sí que soportaban cualquier torrencial. Los domingos lluviosos, su sobrina y ella tenían la costumbre de recorrer los tres kilómetros de la playa de Hendaia con un paraguas grande y las katiuskas. Ni la fuerza del mar lograba penetrar hasta los calcetines. Los pies secos y calentitos. Le dieron ganas de ir a buscarlas. Desechó la idea de

inmediato. Le pareció un poco inapropiado pasearse por la comisaría con aquel calzado. Bostezó frente a la pantalla del ordenador. La mañana estaba siendo realmente aburrida para su gusto. Llevaba dos horas intentando pasar a limpio varios informes atrasados. Estaba bloqueada. Sentía como si se le hubiera olvidado redactar. Teclar, borrar, teclar, borrar... Su mente estaba espesa como el *blandiblu*. Notaba el cerebro verde y viscoso. No encontraba el término medio: o se enredaba demasiado en las descripciones, o se quedaba tan corta que no había quien lo entendiera. Apoyó los codos en la mesa y se rascó la cabeza.

“Menudo día”, se dijo para sí.

Miró el asiento vacío del suboficial Jon Ander Macua y no pudo evitar pensar en él. Ese día se cumplía un año del asesinato de la oficial Juncal Baraibar y su compañero se había tomado el día libre. Fue un palo para todos perder a la jefa en aquellas circunstancias, pero más para él. Suspiró. Cogió el teléfono de su mesa y decidió mandarle un mensaje.

¿Qué tal, Jon? Yo aburridísima.

El despacho está silencioso sin tus protestas...

Dale un beso a Aitortxo. Pasa buen día. Nos vemos mañana.

Dejó el teléfono donde estaba y salió al pasillo. Su intención era tomarse un café y retomar los dichosos informes. En otras ocasiones no hubiera tardado más de una hora en escribirlos. Maldijo al *blandiblu* y al asesino de Baraibar.

“Cabrón de mierda... Ojalá te estés pudriendo”.

A Eider le sorprendieron sus propios pensamientos. En apariencia estaba bien, tranquila, pero eso no era lo que decía su cuerpo. Al final iba a tener razón Mikel, un compañero de la facultad de Psicología que siempre le acusaba de ser una persona pasivo-agresiva. Sonrió al recordarlo y Padura le correspondió desde la máquina de café. Eider iba tan absorta que ni

siquiera le había visto. Se ruborizó, consciente del atroz malentendido.

“Mierda, joder”, se dijo.

Su comportamiento pasivo-agresivo seguía tomando el control.

—¿Qué tal, Eider?

“Aunque no lo parezca, algo iracunda”, quiso decirle. “No le convengo, jefe”.

El subcomisario Joseba Padura ocupaba el puesto de la jefa desde su asesinato. El vizcaíno conducía más de doscientos kilómetros al día y se había comprometido a hacerlo hasta que Jon Ander estuviera preparado. Eider sabía que lo hacía en memoria de su amiga muerta, pero que, en el fondo, estaba deseando volver a la comisaría de Erandio. Nunca había encajado en la de Oiartzun. Y el problema era que no se mostraba tal cual era. Proyectaba la imagen de un tipo extremadamente correcto, pero de una manera maquinal, fría, y eso le hacía cosechar relaciones distantes, poco naturales. Eider, para bien o para mal, el año anterior había podido conocerle realmente. Nunca se hubiese imaginado que bajo aquella armadura se escondiese un tío leal y valiente. Por lo visto, Padura, en el pasado, había sido jefe de operaciones especiales de los Berrozis. Los Berrozis eran “los SWAT vascos”, como la prensa acostumbraba a llamarles. Eran la unidad de Intervención de la Ertzaintza. La imagen que Eider tenía sobre él se fue al garete cuando le descubrió acoplado un silenciador a su arma. Esa exquisitez en sus modales y ese porte inquebrantable se rompieron en mil pedazos cuando lo vio arrastrándose por el suelo como una serpiente. Eider fue testigo de algo mágico, único. Como si un ser perfecto y letal acabase de salir de un capullo centenario. A ella, que por aquel entonces era una agente rasa, todo aquello le pareció de película.

—Bien, una mañana densa, pero bien —contestó ella—. ¿Tú qué tal?

Desde que lo vio salir del capullo centenario no podía hacer otra cosa que tutearle. Entre ambos se había establecido una relación especial. Había cierta complicidad, como si guardaran un secreto.

—Bien. ¿Café solo? —preguntó metiendo las monedas.

Padura había vuelto a refugiarse dentro de la coraza en la que tan cómodo estaba. Volvía a ser el tipo gentil. Era una especie de Clark Kent. Superman solo volvería a aparecer cuando realmente hiciera falta. Una lástima.

—Sí, solo, muchas gracias.

Padura le pasó el vaso con el líquido caliente y Eider lo cogió calculando cómo hacerlo sin rozar su mano. Contacto cero. Flexionó los dedos como una contorsionista experimentada. Solo le faltó hacer un triple mortal para completar el numerito.

Él la miró fijamente a los ojos durante unos segundos. Eider temió que se le hubiera notado mucho. Más que temer, tuvo la certeza. Ahora era ella la que se escondía tras una armadura y se avergonzaba. No quería que se hiciera falsas ilusiones. Sentía algo por ella. Lo supo desde el día en que se conocieron.

Padura le sonrió antes de soltar el vaso y al hacerlo le rozó descaradamente con las yemas.

Eider se llevó el café a los labios y no fue capaz de beber porque ardía más que sus mejillas. Retiró el vaso y bajó la mirada.

—¿Qué tal está el suboficial Macua? —preguntó para rebajar el nivel de tensión.

—Es un tío fuerte, espero que bien. Iba a pasar el día con su hijo.

—Me alegro.

—¿Qué tal estás tú? —Ahora fue ella la que le miró a los ojos. La jefa y él eran íntimos. Supuso que el día tampoco estaría siendo nada fácil para él.

El subcomisario la observó con detenimiento, muy quieto. Su gesto se quedó bloqueado, como si la imagen se hubiera

congelado. Ella tragó saliva. Era imposible saber cómo se sentía. En qué pensaba. Eso era exactamente lo que le incomodaba de él.

“¿Quién coño eres?”, se volvió a preguntar. Lo había hecho miles de veces.

—Me acuerdo mucho de ella —soltó—. Y estar en su despacho no ayuda...

Eider asintió en silencio. No dijo nada.

—En cuanto el suboficial Macua esté preparado para el puesto...

—Sí, lo sé. Dejarás el despacho y volverás a Erandio.

—Así es... No sé si Macua se acostumbrará a esas cuatro paredes.

—Jon es muy terco... Tiene intenciones de no moverse del sitio que ocupa actualmente.

Levantó las cejas.

—¿De la oficina compartida?

—Sí, creo que ya ha hablado con la comisaria. Lo tiene bastante claro.

—Vaya. —Sonrió—. Elija el despacho que elija, lo hará bien.

—Sí. De eso estoy segura.

El subcomisario tiró el vaso vacío a la papelería.

—He de regresar, Eider. —Lo dijo de una manera peculiar, como esperando que ella le retuviera.

—Sí, yo también debería proseguir con los informes. —Bebió de trago el café, que por fin se había templado.

—Como siempre, un placer, Eider.

Lo vio girarse y no se le ocurrió qué decir. Le observó hasta que desapareció por el pasillo.

De camino al despacho se preguntó si para ella también era un placer pasar un rato con él. Era difícil saberlo. Eran momentos insólitos, curiosos... Pero ¿placenteros? Se acomodó en su asiento y vio que parpadeaba una lucecita en su teléfono.

Estoy bien, gracias.

Le daré a Aitortxo un beso de tu parte.

Vaya, vaya. O sea que me echas de menos... Siempre he pensado que soy el alma de la fiesta. Esa comisaría no es nada sin mí jejejejeeje.

Eider contestó con un emoticono llorando de la risa. Después no le quedó más remedio que concentrarse en los informes.

* * *

Conducir más de doscientos kilómetros todos los días se le empezaba a hacer cuesta arriba. La comisaria Laborde miró una fotografía que tenía en el escritorio. Sus dos hijas abrazaban a una bolita negra y peluda, y sonreían a la cámara con ojos llorosos. No eran lágrimas de tristeza, sino de alegría, de emoción. Aquel día Laborde apareció en casa con un cachorro mestizo que había hallado en la escena de un crimen. El perro estaba a los pies de un indigente que había muerto en una pelea. Nunca supieron si el asesino decidió indultar al animal, o si es que este estuvo escondido durante toda la trifulca. El caso es que Begoña se apiadó de aquel perrillo negro de ojos marrones, redondos y asustados, y se lo llevó a casa. Lo adoptó provisionalmente por si los allegados del indigente querían hacerse cargo de él, cosa que veía bastante improbable, y en pocos días Beltza pasó a formar parte de la familia. Habían transcurrido diez años desde que fotografió aquel instante. Sus hijas ya no eran las niñas que reflejaba la imagen, ambas pasaban la mayoría de edad, y Beltza era un perro adulto, alegre y activo. La foto le recordaba la felicidad tan absoluta que embargó el salón de casa, pero, sobre todo, que existían las segundas oportunidades. Begoña Laborde echaba de menos a su marido, a Beltza y a sus hijas, aunque estas ya no pasaran tanto tiempo en casa. Había trabajado muy duro en el

cuerpo durante casi tres décadas y era la primera mujer que alcanzaba el cargo de comisaria. Begoña había peleado como una leona y nadie le había regalado nada. Últimamente se sentía un poco abrumada, contrariada, como si una parte de su cuerpo quisiera rendirse. Tal vez fuera porque había sido agotador tener que demostrar continuamente que hacía bien su trabajo, que tenía las mismas agallas y la misma capacidad de liderazgo que un hombre. Veintinueve años en los que se había sentido estudiada, presionada, juzgada... Veintinueve años en los que las burlas sobre su apellido, *La borde*, habían aumentado a la par que su ascensión.

Pero eso ya daba igual, y pese a que cada vez que se observaba en un espejo se topaba con la misma mirada que encontró en los ojos de Beltza, estaba allí, en Oiartzun. En el despacho del excomisario Koldo Mayo.